

Interacción y Perspectiva
Revista de Trabajo Social
Vol. 7 N°1 pp. 25-36
Enero-Junio

Dep. Legal ppi 201002Z43506
ISSN 2244-808X
Copyright © 2017

ARTÍCULO DE INVESTIGACIÓN

El Trabajo Social desde la perspectiva de las fortalezas: buenas prácticas para la transformación social

María de las Olas Palma-García*, Javier Pacheco Málaga**

Resumen

El actual contexto social de adversidad ha acentuado la concepción transformadora que acompaña al Trabajo Social desde sus inicios, dando lugar a múltiples contribuciones desde la práctica orientadas al cambio. El objetivo de este artículo es identificar y analizar las prácticas transformadoras del Trabajo Social actual ante los escenarios de complejidad en los que se desarrolla su actuación profesional, situándonos desde ellas, para reenfocar y reflexionar sobre la intervención social que requieren las problemáticas sociales presentes. Partiendo de una revisión teórica que sitúe los antecedentes y evidencias empíricas relacionadas, se realiza un análisis de las buenas prácticas profesionales del Trabajo Social en aquellos espacios en los que está presente, como los sistemas públicos de servicios sociales y otras realidades asociadas a la iniciativa social. Se concluye sobre la utilidad y la necesidad de fortalecimiento de aquellas estrategias alternativas generadoras de nuevos recursos, que permitan la recuperación de lo comunitario y tengan como eje principal el enfoque de resiliencia.

Palabras clave: agente de cambio, comunitario, participación, resiliencia, buenas (nuevas) prácticas.

Social Work from the perspective of strengths: best practices for social transformation

Abstract

The current social context of adversity has accentuated the transformative conception that accompanies social work from its beginnings, giving place to multiple contributions from the practice oriented to the change. The aim of this article is to identify and analyze the transformative practices of current social work in the stages of complexity where it develops its professional performance, situating ourselves from them, to refocus and reflect on the social intervention that the present social problems require. Starting from a theoretical revision that situates the antecedents and related empirical evidences, an analysis of the best professional practices of the social work is realized in those spaces in which it is present, as the public systems of social services and other realities associated to the social initiative. The findings reflect about the usefulness and the need to strengthen those alternative strategies generating new resources that allow the recovery of the community and whose main focus is the resilience approach.

Keywords: agent of change, community, participation, resilience, best (new) practices

Recibido: 20/11/16 Aceptado: 15/12/16

* Universidad de Málaga. Departamento de Psicología Social, Trabajo Social, Antropología Social y Estudios de Asia Oriental. Málaga, España. Correo electrónico: mpalma@uma.es

**** Ayuntamiento de Vélez-Málaga. Servicios Sociales Comunitarios, Málaga, España. javierpacheco@uma.es**

El Trabajo Social cuenta con la capacidad real de elaborar, a partir de elementos dispersos de la realidad, una comprensión reflexiva y global de los acontecimientos sociales con los que convive aportando pistas de acción y soluciones efectivas (De Robertis, 2003). Desde este planteamiento, a través del presente artículo se quiere reflexionar sobre las prácticas transformadoras generadas o acompañadas desde los profesionales trabajadores sociales y sobre los retos que éstas plantean hacia la intervención. Las actuaciones profesionales de los trabajadores y trabajadoras sociales no pueden evadirse del contexto histórico en el que están inscritas, sabiendo ofrecer adecuadas respuestas de transformación ante las nuevas formulaciones que la realidad le plantea. Bajo este compromiso y ante la urgencia social de las demandas ciudadanas que en ocasiones parece requerir únicamente respuestas de ajuste y contención, es prioritario fortalecer y no desplazar la lógica de la acción transformadora del Trabajo Social, en contra de la lógica asistencial (Abad y Martín, 2015).

Es momento de coherencia, de experiencia y de eficacia, que reenfoque la intervención e investigación social en busca de respuestas que superen las contradicciones con las que convive la profesión y que, a su vez, aborden las complejidades del actual contexto social. Este doble escenario obliga de nuevo al Trabajo Social a poner en valor su comportamiento adaptativo, a tomar decisiones rápidas, con soluciones a problemas complejos, y siendo sensibles a las personas, a sus opiniones por encima de teorías, ideas o conceptos. De acuerdo con Ion y Tricart (1984:117) sus profesionales “tienen a la vez una estructura permanente y una capacidad de adaptación y de flexibilidad para desarrollarse allí donde surgen los problemas que la política no sabe o no sabe todavía delimitar y regular”. Por ello, se sitúan de forma privilegiada en el eje de experimentación social, desde el que han de saber actualizar las necesidades sociales a las que responder; saber optimizar la diversidad de formas organizativas que existen para modificarlas; y saber incorporar en las respuestas que se ofrecen a todos o cada uno de los actores sociales que interactúan en cada contexto de intervención determinado (Lapalma, 2001).

Cada trabajadora y trabajador social en su quehacer profesional, reconcilia teorías con los hechos sociales, construyendo una “mezcla de conceptos, a veces heteróclitos, que no tienen una lógica teórica solamente, simplemente es pertinente a su práctica, a su experiencia, a su estilo personal” (Deslauriers y Pérez Cosín, 2004:199). Esta variabilidad propia de la disciplina es una fortaleza de gran alcance para la construcción de respuestas transformadoras ante las complejidades de la realidad social, desde las que identificar y acompañar las experiencias de buenas prácticas surgidas y no siempre, conocidas. La generación de conocimientos sociales es “patrimonio factible de construir y resignificar colectivamente en torno a la intervención social” (Castañeda, 2015:30) y es precisamente desde los propios contextos de la intervención desde los que surgen numerosas oportunidades de utilizar la práctica para interrogar la teoría y volver desde ella a ofrecer las nuevas respuestas que la realidad reclama. Sin embargo, en las ciencias sociales en general y en el

Trabajo Social en particular, se siguen perdiendo oportunidades irrepetibles de sumar conocimientos a este patrimonio colectivo, por el debate permanente de la relación distante entre teoría y praxis. Es necesario superar las tensiones presentes en dicha relación, aportando a la elaboración teórica de la comprensión social, la especificidad propia del Trabajo Social, con rigor y espíritu crítico (Vélez, 2003).

De acuerdo con este espíritu crítico, también el Trabajo Social ha de saber reenfocar su propia actuación profesional, desde los procesos de transformación surgidos sin su injerencia. ¿Por qué no aprender de las experiencias espontáneas que tratan de dar respuesta a la actual situación de crisis desde planteamientos ajenos a la lógica de las estructuras formales, e incluso de los canales tradicionales de la solidaridad? (Jiménez, 2015). Las trabajadoras y trabajadores sociales pueden y deben reconocer las oportunidades para la transformación presentes en sus entornos profesionales directos, como los sistemas públicos de servicios sociales, y aquellas otras surgidas de lo imprevisto, de lo inesperado, de la capacidad de creación de la propia ciudadanía, fuera de los sistemas profesionalizados para la acción. Cada una de estas posibles iniciativas surgidas con o sin el acompañamiento de los profesionales, ha de ser considerada como una oportunidad única para llevar a cabo procesos de sistematización de la práctica, que faciliten la incorporación de nuevo conocimiento generado a partir de la experiencia (Gómez-Quintero y Durán, 2016). Esta circunstancia invita al Trabajo Social a reflexionar y reenfocar su actuación profesional desde miradas esperanzadoras que acompañen las dificultades y activen los procesos de cambio en los sujetos de la intervención, partiendo de sus propias fortalezas acumuladas como las que aporta el enfoque de la resiliencia en el Trabajo Social.

1.- La resiliencia: elemento clave para las buenas prácticas transformadoras

La resiliencia ofrece un paradigma inspirador para la intervención social, ayudando con ello a reenfocar la mirada sobre las problemáticas sociales, las situaciones de riesgo, las políticas sociales o las estrategias de intervención (Gilgun, 1996), configurándose como eje vertebrador de las estrategias que orientan la intervención hacia prácticas eminentemente transformativas que el propio contexto de relación profesional va a ayudar a generar. Es quizás esa convivencia habitual con la dificultad, característica del ejercicio del Trabajo Social, la que contribuye al propio desarrollo de respuestas resilientes coadyuvantes al logro de las metas profesionales (Barranco, 2011; Palma-García y Hombrados-Mendieta, 2014) y sobre la que los profesionales se identifican como agentes de promoción y transformación, mediante esfuerzos individuales que les hacen sobreponerse a la adversidad (Pacheco-Mangas y Palma-García, 2015).

Este planteamiento capitaliza el factor humano en la intervención social, situando al profesional como elemento clave de las políticas sociales, en confrontación a estrategias que posicionan a los recursos (económicos, técnicos y materiales) como el centro del sistema. La persona profesional facilita la transición desde un rol de experto (asimétrico en la relación con el usuario y legitimado en el conocimiento profesional) hacia otro de profesional reflexivo (Schön, 1998), enfocado en la persona y su

acompañamiento y que permite canalizar la innovación y la generación de ideas creativas en los procesos de intervención social, siendo necesario además un abordaje que facilite que las respuestas a las problemáticas desde el Trabajo Social tenga en cuenta la complejidad de los fenómenos sociales (Martínez-Brawley y Zorita, 2007).

Desde esta perspectiva las trabajadoras y trabajadores sociales encuentran en su capacidad de poner en práctica estrategias resilientes una forma de dotarse de recursos, propios del Trabajo Social que les permiten sortear de exitosamente las dificultades del ejercicio profesional. Utilizando la clasificación de categorías propuesta por Grotberg (1995) es posible distinguir de forma clara una asociación entre dimensiones de la resiliencia y Trabajo Social (Palma-García y Hombrados-Mendieta, 2013) que es visible en el apoyo externo (trabajo en equipo, coordinación, supervisión, etc.), en la fortaleza interior (empatía, escucha, motivación, etc.), como en las competencias personales (método propio, capacidad de planificación, de organización, etc.).

La importancia del autocuidado, del apoyo social y de la pertenencia al grupo; el trabajo interdisciplinar y la toma de decisiones colectivas; la motivación y el compromiso con la disciplina y con las personas; la actitud crítica y la posición autónoma del profesional respecto a los dictados de la organización; las competencias personales, la capacidad de adaptación a escenarios muy diversos, así como un enfoque preventivo basado en la intervención desde lo positivo, constituyen una red de soporte y afrontamiento fundamental capaz de generar satisfacción en un contexto de gran adversidad (Elliott *et al.*, 2012; Palma-García y Hombrados-Mendieta, 2014).

2.- Los sistemas públicos de servicios sociales como espacio generador de buenas prácticas

El Trabajo Social surge de la necesidad de establecer canales que trascienda la ayuda espontánea a las personas, configurándose como un acto profesional y consciente (Zamanillo y Gaitán, 1991), con una justificación epistemológica y metodológica. Desde ese punto de vista, la intervención profesional en Trabajo Social debe guiarse por modelos teóricos de referencia que encuadren y den soporte a las actuaciones, aunque hay una importante influencia institucional a la hora de la elección. La configuración de los sistemas de servicios sociales predispone a orientar la acción centrándose en el binomio necesidad-recurso, con un enfoque individual-familiar y con un uso importante del modelo diagnóstico o psicosocial. Si bien este modelo permite realizar un diagnóstico que tiene en cuenta a la persona en su contexto, detectando sus debilidades y poniendo en valor las fortalezas que permitan la resolución de sus problemas (Du Ranquet, 1996), pierde eficacia cuando la problemática individual-familiar está causada por factores sociales y estructurales en los que es necesario implicar una multiplicidad de actores en el proceso de intervención.

En esta línea, el uso de enfoques sistémicos, permite a los profesionales comprender junto a las familias las dinámicas internas y de relación que se producen entre las personas con las que intervienen, facilitando la identificación de su red de

problemas (Palomar y Suárez, 1993) y clasificando las necesidades y los problemas sociales en función del papel que tienen en cada contexto de relación (Navarro Morales, 2002). De esta forma, la teoría ecológica en el ámbito del Trabajo Social, plantea una intervención profesional que para conocer la "realidad ambiental" debe estar alejada de los centros donde se prestan servicios sociales (Segado, 2011) para evitar el modelo de confrontación y centrado en los problemas tan usual dentro de los sistemas públicos de servicios sociales.

Pero a pesar del encuadre metodológico y de factores de tipo estructural, la principal herramienta generadora de buenas prácticas en los servicios sociales, son sus profesionales (De Robertis, 2003). En estos procesos de innovación profesional van a tener gran importancia una serie de construcciones en torno al fenómeno laboral y que en el Trabajo Social adquieren especial relevancia, por cuanto actúan como factores protectores ante situaciones adversas facilitando la consecución de los objetivos profesionales centrados en la mejora del bienestar de las personas. Destaca el *engagement* o compromiso laboral, constructo de la psicología positiva, que se podría definir como un estado motivador positivo y persistente relacionado con el trabajo e integrado por las dimensiones de vigor, dedicación y absorción (Salanova *et al.*, 2000; Schaufeli *et al.*, 2002) y que se perfila como un componente importante en la generación de ideas creativas, en la consecución de los objetivos organizacionales y aplicado a los servicios sociales favorece la individualización y especialización de los recursos que ofrece el sistema evitando las respuestas estandarizadas y alejándose de modelos de intervención centrados en los déficits. Aunque en la actualidad existen pocas investigaciones sobre el compromiso laboral en profesionales del Trabajo Social, estudios como el de Manteca y Durán (2012) ponen de manifiesto niveles altos de *engagement* en este sector, lo que puede indicar elevada motivación para el contacto con las personas usuarias y una mayor conciencia de la importancia de su trabajo para la vida de las personas. Así mismo, un nivel alto de *engagement* puede actuar como amortiguador de la vulnerabilidad al burnout o síndrome de quemarse en el trabajo (Menezes de Lucena *et al.*, 2006).

Otro elemento importante es el papel que ocupa la resiliencia entre los profesionales del Trabajo Social. Definida como "la capacidad de recuperarse, sobreponerse y adaptarse con éxito frente a las adversidades y desarrollar competencia social, académica y vocacional, pese a estar expuesto a un estrés grave o simplemente a las tensiones inherentes al mundo de hoy" (Rirkin y Hoopman, 1991 como se cita en Henderson y Milstein, 2005:26) se configura como un gran facilitador en la generación de ideas creativas y para la superación de las dificultades que se presentan de forma habitual en la intervención profesional. Es necesario destacar que la resiliencia y la articulación de estrategias para su desarrollo, constituye un proceso que está presente en los profesionales del Trabajo Social desde su formación académica, identificando de forma clara que se trata de una disciplina que actúa en y para contextos de adversidad y que posibilita un mejor afrontamiento de situaciones y acontecimientos adversos ya en el ejercicio profesional (Palma-García y Hombrados-Mendieta, 2014). Si bien el Trabajo Social debe orientarse hacia la transformación, la práctica profesional diaria

debe incorporar la perspectiva del ajuste y la adaptación. De esta forma se garantiza la inclusión social de los profesionales y de las personas a las que acompañan en sus procesos de cambio y permite sentar las bases de una planificación orientada al cambio macro y estructural.

Siguiendo los enfoques que promueven la intervención desde puntos de vista salutogénicos, la intervención centrada en las fortalezas y el empoderamiento personales forman parte de los discursos predominantes en la profesión actualmente. Así, el *empowerment* "se ha convertido en uno de los principales paradigmas, sustituyendo al enfoque basado en los problemas que había centrado el Trabajo Social durante largo tiempo" (Juárez, 2012:10). La intervención desde el enfoque del *empowerment* implica una consideración de la persona como ser social que prima la identificación de fortalezas y capacidades frente a los déficits (Segado, 2011) y que permite no solo a los individuos, sino a también a los grupos, comunidades y organizaciones "hacerse con el control de sus circunstancias, ejercer el poder y alcanzar sus objetivos y también el proceso por el cual, ya sea de manera individual o colectiva, son capaces de ayudarse a sí mismos y a otros para maximizar su calidad de vida (Adams, 2008:17). Se trata por tanto de un planteamiento interesante para la intervención, más allá de la incorporación de una buena práctica, pues puede ayudar al profesional "a no etiquetar con un diagnóstico social a personas, familias, grupos y comunidades, implicándose en su propio proceso de cambio y búsqueda conjunta de soluciones junto con los profesionales" (De la Paz, 2011:162). De esta forma, el diagnóstico pasa a ser participado y la persona usuaria toma conciencia, no solo de la situación adversa sino también de sus posibilidades, minimizándose las relaciones asimétricas y las prácticas moralizantes entre usuarios y profesionales y, configurando a estos últimos, como acompañantes y facilitadores de apoyo durante todo el proceso de intervención.

Junto a la búsqueda de las potencialidades de las personas y sus comunidades y apoyando el afrontamiento de situaciones adversas desde el compromiso vocacional, las trabajadoras y trabajadores sociales ponen en práctica estrategias innovadoras que aportan soluciones creativas a las problemáticas con las que trabajan. De esta forma, en no pocas ocasiones los profesionales identifican aspectos como sus habilidades (escucha activa, empatía), la incorporación de recursos que forman parte de redes informales (economatos solidarios, plataformas de afectados por la hipoteca) y la trasgresión de las competencias profesionales, como cualidades que ayudan a la superación de las problemáticas y a mejorar el proceso de acompañamiento e intervención con la persona, familia o grupo (Pacheco-Mangas y Palma-García 2014).

3.- Trabajo Social y nuevas oportunidades desde la solidaridad

En el contexto actual, de agotamiento y profunda crisis económica con importantes consecuencias en las esferas social y política, se empiezan a poner en marcha cada vez más reacciones sociales transformadoras que han de ser observadas e integradas en las prácticas profesionales. Muchas de estas reacciones ya existían, aun cuando no parecían visibles, mientras que otras han comenzado a desarrollarse provocadas por la

necesidad de dar respuestas a las nuevas adversidades. La sociedad civil ha reaccionado activando mecanismos básicos de solidaridad y compromiso adaptados a las nuevas complejidades de la realidad (Alaminos *et al.*, 2014) y ante ellos, la responsabilidad mayor de los profesionales de la intervención pasa por saber alcanzar la máxima rentabilidad social respecto a dichas iniciativas.

Entre estos proyectos ha adquirido especial significación, por su proyección y repercusión social, los movimientos y solidaridad surgidos en torno a la realidad de los desahucios y a los procesos de exclusión que los acompañan. La ejecución judicial forzosa que obliga a las familias al abandono de su vivienda, abre ante ellas un escenario de caos e inseguridad que les genera numerosas consecuencias de carácter personal, emocional y social, lo que de acuerdo con Navarro Ruiz (2005) las sitúa en el inicio de un posible camino hacia la vulnerabilidad. Pero a su vez, tal como confirman recientes estudios, es precisamente en esta misma experiencia de vulnerabilidad, donde las familias encuentran estructuras y recursos que les abren oportunidades de cambio y crecimiento ante esta adversidad (Palma-García y Ruiz-Mosquera, 2016). La ausencia de respuestas formales ante la experiencia vivida en numerosas familias en procesos de desahucios, ha activado en torno a ellas, recursos personales y colectivos hasta entonces no identificados. Desde la movilización de esos recursos, la persona es capaz de aprovechar las *estructuras de oportunidades* existentes en un determinado momento (Kaztman, 1999), entre los que el capital social derivado de las relaciones interpersonales de protección, de apoyos comunitarios y familiares, ocupan un lugar privilegiado.

El proceso de desahucio tiene un recorrido largo y complejo para las familias afectadas, apareciendo ante ellas la oportunidad de poner en juego recursos personales no activados previamente. De acuerdo con Gauto de Paz (2007) el proceso de enfrentamiento a una adversidad es siempre un juego dinámico entre recursos, fortalezas y debilidades, que se desarrolla en cualquier momento y que necesita ser explicado para cada situación y persona concreta. Así pues, no es posible identificar un proceso único desde el que las personas que se ven inmersas en esta situación consiguen abordarla, aunque sí se ha podido comprobar cómo cada uno de ellos ha aprovechado sus fortalezas individuales –a veces no conocidas-, para convivir con dicha situación: han sabido buscar información sobre el proceso de desahucio y las posibles soluciones a las que podían recurrir; han reconocido y compartido con otros sus propios miedos y debilidades; han sido capaces de tomar sus propias decisiones y, de forma general, han sabido buscar apoyo (Arredondo y Palma-García, 2013).

Más allá de esta respuesta micro-individual, en la realidad de los desahucios ha sido clave la respuesta macro-estructural surgida desde las plataformas de afectados por las hipotecas. A partir de la organización de la ciudadanía se han generado respuestas de transformación y apoyo social, que desde su combinación han incorporado nuevo capital social para la intervención, que facilita la cooperación entre todas las partes implicadas y la consecución de objetivos colectivos. Aprender de estas experiencias, es sin duda responsabilidad de todos los actores implicados en el desarrollo y éxito de las políticas sociales, también de los profesionales del Trabajo Social. Las trabajadoras y

trabajadores sociales han de saber reconocer en las iniciativas de apoyo mutuo, en el voluntariado organizado, en las entidades de la sociedad civil y en las plataformas ciudadanas, un recurso imprescindible para dotar de contenido a la intervención social y para incorporar actores fundamentales desde la ciudadanía en el diseño de políticas sociales (Pastor, 2012).

En el momento actual de complejidad y urgencia social, el Trabajo Social pone en juego nuevamente su compromiso con saber “convertir los sucesos inesperados en oportunidades” (Quintero y Bracho, 2009:47). Para ello, es necesario realizar un ejercicio de reenfoque en la práctica profesional, construyendo las soluciones a los problemas sociales desde la creencia en la capacidad transformativa del Trabajo Social, las personas y su entorno (Mejías y Suárez, 2014), desde una “dimensión comunitaria, potenciando sobre todo la ayuda natural y el empoderamiento de la comunidad” (Pastor y Torralba, 2016:32). Es necesario que el Trabajo Social renueve su compromiso con el abordaje integral de los procesos con los que interviene, enfocándolos desde las personas y desde las causas estructurales que los provocan, asumiendo una mayor proactividad y responsabilidad profesional en el diseño de políticas que aborden las causas más estructurales de las desigualdades sociales (De la Paz, 2011; De la Red y Barranco, 2014), con un doble objetivo: reducir los efectos de la pobreza y reforzar los escasamente consolidados sistemas de servicios sociales.

5.- Conclusiones

El Trabajo Social tiene en estos momentos de especial complejidad la tarea de reenfocar su acción hacia un modelo en el que la persona sea su eje central, basado en la perspectiva de las fortalezas. Frente a modelos basados en la identificación de déficits, los enfoques positivos facilitan a la persona la obtención de un mayor grado de autonomía, generan planos de igualdad en la intervención profesional y unas mayores probabilidades de éxito. En este ámbito, el autocuidado y la resiliencia se configuran como elementos clave sobre los que incidir, toda vez que los profesionales del Trabajo Social deben dotarse de las estrategias y destrezas que les permitan afrontar y aprender de las adversidades a las que se ven sometidos en su trabajo diario. El enfoque de resiliencia previene y prepara, además, ante las adversidades que están por venir, rompiendo con los paradigmas asistencialistas y aportando a la intervención en Trabajo Social un justo equilibrio entre adaptación y transformación.

En ese empeño transformativo, el Trabajo Social debe centrarse en las personas, grupos y comunidades como actores principales del cambio, apoyando y acompañando en los procesos de búsqueda de las potencialidades, pero abordando los problemas desde las causas que los originan, actuando sobre ellas. Una labor de promoción de la justicia social y de compromiso ético y político, que nos tiene que llevar a procurar nuestra participación en aquellos lugares en los que se toman decisiones en el ámbito de las políticas públicas.

Por último, es necesario destacar la importancia de la sistematización de la práctica como planteamiento metodológico, desde el que se genere conocimiento y se enriquezca el cuerpo teórico del Trabajo Social a partir de la propia experiencia. Aun

cuando este reto seguirá marcando las exigencias profesionales a medio y largo plazo, es ya una evidencia en numerosas prácticas de las que el Trabajo Social ha de aprender. Prácticas transformadoras que han sido posibles al recuperar elementos propios siempre presentes en la disciplina que en estos momentos hay que saber actualizar: reconocer en las personas, grupos y comunidades con las que trabaja, los recursos y fortalezas existentes para la base de su intervención; acompañar experiencias exitosas que surjan ante la situación actual (desde las organizaciones, familias, etc.) para aprender de ellas e incorporarlas al repertorio profesional.

Bibliografía citada

- Abad, B. y Martín, I. (2015). "El Trabajo Social ante la crisis. Nuevos retos para el ejercicio profesional de los y las trabajadores sociales". **Cuadernos de Trabajo Social**, Vol. 28, No. 2, pp. 175-185. doi: 10.5209/rev_CUTS.2015.v28.n2.48765
- Adams, R. (2008). **Empowerment, participation and social work** (3rd ed.). Basingstoke. Palgrave Macmillan. pp. 256.
- Alaminos, A. et al. (2014). Reacciones comunitarias a la crisis económica y social en España". **Azarbe, Revista Internacional de Trabajo Social y Bienestar**, Vol. 3. pp. 47-53.
- Arredondo, R. & Palma-García, M. (2013). "Aproximación a la realidad de los desahucios. Perfil y características de las familias en proceso de desahucios en la ciudad de Málaga". **Alternativas. Cuadernos de Trabajo Social**. Vol. 20. pp. 113-140. doi: 10.14198/ALTERN2013.20.07
- Castañeda Meneses, P. (2015). "Sistematización y generación de conocimientos en trabajo social. Aportes metodológicos a la formación profesional". **Alternativas. Cuadernos de Trabajo Social**. Vol. 22. pp. 23-32. doi: 10.14198/altern2015.22.02
- De la Paz Elez, P. (2011). "La intervención en Trabajo Social desde la perspectiva de las fortalezas". **Cuadernos De Trabajo Social**. Vol. 24. pp. 155-163. doi:10.5209/rev_CUTS.2011.v24.36865
- De la Red, N. & Barranco Expósito, C. (2014). "Trabajo Social y participación en las políticas sociales". **Azarbe. Revista Internacional de Trabajo Social y Bienestar**. Vol. 3. pp. 39-45.
- De Robertis, C. (2003). **Fundamentos del trabajo social: ética y metodología (Vol. 1)**. Valencia. Universitat de València. pp. 183.
- Deslauriers, J. P. & Pérez Cosín, J. V. (2004). "El reto del conocimiento en la práctica del Trabajo Social". **Cuadernos de Trabajo Social**. Vol. 17. pp. 195-210.
- Du Ranquet, M. (1996). **Los modelos en Trabajo Social. Intervención con personas y familias**. Madrid. Siglo XXI. pp. 405.

- Gauto de Paz, G (2007). "Resiliencia para reducir la vulnerabilidad a los riesgos de la vivienda pobre urbana". **Cuadernos Geográficos**, Vol. 46, No. 2010-1. pp. 233-255.
- Gilgun, J. F. (1996). "Human Development and Adversity in Ecological Perspective, Part 1: A Conceptual Framework en Families in Society". **The Journal of Contemporary Social Services**. Vol. 77, No. 7. pp. 395-402.
- Gómez-Quintero, J. D., & Durán Monfort, P. (2016). "Formas de saber y saberes que (TRANS) forman desde el trabajo social". En Raya Díez, E. & Pastor Seller, E. (Eds.). **Trabajo Social, Derechos Humanos e Innovación Social**. Cizur Menor: Thomson Reuters Aranzadi. pp. 345-359
- Grotberg, E. H. (1995). **A guide to promoting resilience in children: Strengthening the human spirit**. La Haya. Bernard van Leer Foundation. pp. 39
- Henderson, N.& Milstein, M. (2003). **Resiliencia en la escuela** (G. Vitale, Trad.). Buenos Aires. Paidós. pp. 416.
- Ion, J. & Tricart, J.P. (1984). **Les Travailleurs Sociaux**. París. La Découverte. pp. 125.
- Jiménez Gómez, F.J. (2015). **La lucha contra la exclusión social en la evolución de la democracia: participación, proximidad y sentido**. Madrid. Cáritas Española Editores. pp. 351
- Juárez Rodríguez, A. (2012). "Construir desde las fortalezas: trabajo social y resiliencia". **Miscelánea Comillas. Revista de Ciencias Humanas y Sociales**, Vol. 70, No. 136. pp. 5-36.
- Kaztman, R. (coord.) (1999). "Activos y Estructuras de oportunidades. Estudio sobre las raíces de la vulnerabilidad social en Uruguay". Documento del Proyecto URU/97/017 "Apoyo a la implementación del Programa de Acción de la Cumbre Mundial sobre Desarrollo Social". LC/MVD/R. Vol. 180. UN/CEPAL. Oficina de Montevideo. Uruguay. pp. 357. En: <http://www.cepal.org/cgi-bin/getProd.asp?xml=/publicaciones/xml/2/10772/P10772.xml>. Fecha de consulta: 17/05/2016.
- Lapalma, A.I. (2001). "El escenario de la intervención comunitaria". **Revista de Psicología de la Universidad de Chile**. Vol. 2. pp. 61-70.
- Manteca, A.J. & Durán, M.A. (2012). "Engagement en profesionales de la acción social. Diferencias entre Administración y Tercer Sector desde la perspectiva del modelo de demandas y recursos laborales". **Documentos de Trabajo Social: Revista de Trabajo Social y Acción Social**. Vol. 51. pp. 45-68.
- Martínez-Brawley, E. E. & Zorita, P. M. (2007). "Se sabe más de lo que se expresa: crítica a la enseñanza del trabajo social en los Estados Unidos de América". **Revista Internacional de Ciencias Sociales y Humanidades**. SOCIOTAM, Vol. XVII. pp. 105-124.

- Mejías, C., & Suárez, P. (2014). "Hacia la construcción de una acción profesional como praxis para el trabajo social". **Interacción y Perspectiva. Revista de Trabajo Social**. Vol. 4, No. 2. pp. 114-135.
- Menezes de Lucena Carvalho, V. A et al. (2006). "Resiliencia y el modelo Burnout-Engagement en cuidadores formales de ancianos". **Psicothema**. Vol. 18, No. 4. pp. 791-796.
- Navarro Morales, M. I. (2002). **La intervención psicosocial con familias multiproblemáticas: la perspectiva ecológica** (Tesis de doctorado). Universidad de Valencia. En <http://hdl.handle.net/10803/10176>. Fecha de consulta: 13/05/2016.
- Navarro Ruiz, C. (2005). "Indicadores de Vivienda y exclusión". **Documentación Social**. Vol. 138. pp. 173-190.
- Pacheco-Mangas, J. & Palma-García, M. (2014). "El discurso profesional en Servicios Sociales Comunitarios: una aproximación desde la identificación de repertorios interpretativos". **Alternativas. Cuadernos de Trabajo Social**, Vol. 21. pp. 9-28. doi: 10.14198/ALTERN2014.21.01
- Pacheco-Mangas, J. & Palma-García, M. (2015). "La resiliencia en Servicios Sociales Comunitarios: un abordaje desde la perspectiva de los profesionales". **Azarbe. Revista Internacional de Trabajo Social y Bienestar**. Vol. 4. pp. 29-38.
- Palma-García, M. & Hombrados-Mendieta, I. (2013). "Trabajo Social y resiliencia: revisión de elementos convergentes". **Portularia. Revista de Trabajo Social**. Vol. 13, No. 2. pp. 89-98. doi: 10.5218/prts.2013.0021
- Palma-García, M. & Hombrados-Mendieta, I. (2014). "The development of resilience in social work students and professionals". **Journal of Social Work**. Vol. 14, No. 4. pp. 380-397. doi: 10.1177/1468017313478290
- Palma García, M., & Ruiz Mosquera, A. C. (2016). Estrategias resilientes ante la situación adversa de los desahucios. **Cuadernos de Trabajo Social**. Vol. 29, No. 2. pp. 299-308. doi:10.5209/cuts.49841
- Palomar, M. & Suárez, E. (1993). "El modelo sistémico en el trabajo social familiar: consideraciones teóricas y orientaciones prácticas". **Alternativas. Cuadernos de Trabajo Social**. Vol. 2. pp. 169-184.
- Pastor Seller, E. (2012). "Gobernanza de los Servicios Sociales municipales: dar voz y salida a las aspiraciones ciudadanas". **Cuadernos de Trabajo Social**. Vol. 25, No. 1. pp. 143-158.
- Pastor Seller, E., & Torralba Planes, R. (2015). "Trabajo Social Comunitario: aprendiendo de las prácticas en barrios desfavorecidos de la Región de Murcia (España)". **Interacción y Perspectiva. Revista de Trabajo Social**. Vol. 5, No. 1. pp. 12-35.

- Quintero, N. & Bracho, M. (2009). "A.B.A.T.I.R.: un modelo de resiliencia en las organizaciones humanas con el enfoque de la programación neurolingüística". **Negotium**. Vol. 4, No. 12. pp. 44-62.
- Schön, D. (1998). **El profesional reflexivo. Cómo piensan los profesionales cuando actúan**. Barcelona. Paidós. pp. 320.
- Segado, S. (2011). **Nuevas tendencias en Trabajo Social con Familias: una propuesta para la práctica desde el empowerment**. Madrid. Trotta-UNED. pp 356.
- Salanova, M. et al. (2000). Desde el Burnout al engagement: ¿una nueva perspectiva? **Revista de Psicología del Trabajo y las Organizaciones**. Vol. 16, No. 2. pp. 117-134.
- Schaufeli, W. B. et al. (2002). "The measurement of engagement and burnout: A two sample confirmatory factor analytic approach". **Journal of Happiness Studies**. Vol. 3, No. 1. pp. 71-92. doi: 10.1023/A:1015630930326
- Vélez, O. (2003). **Reconfigurando el Trabajo Social, perspectivas y tendencias contemporáneas**. Buenos Aires. Espacio. pp. 160.
- Zamanillo, T. & Gaitán, L. (1991). **Para comprender el Trabajo Social**. Estella. Verbo Divino. pp. 116.